

Colaboradores: José Luis Izquierdo, Leopoldo Uría, Angel Colomina, Arturo Conde, Alberto Donaire, Julián Sánchez Moreno.

Presentación: Mariano Bayón Alvarez.

# Antonio fernández-alba

Encajar una crónica valorativa de la arquitectura de un país, un grupo o un arquitecto, debe ser no sólo una revisión de sus creaciones a la vista de los condicionantes sociales y técnicos de la época y el lugar en que ha surgido, sino que fundamentalmente debe ser algo más incisivo: debe significar el encuentro con las tendencias reivindicatorias de sus obras, aquellas búsquedas de «operatividad» con que tal arquitectura «actúa», dentro, claro está, del marco de dichos condicionantes.

Porque son tareas de la arquitectura no sólo la «diagnos de las situaciones sociales» del medio en que se desarrolla, expresando de esta forma sus características, sino también, y de forma ineludible, la de comprometerse en la «acción» concreta que pueda conformar, desarrollar y mejorar tales características.

Todo ello debe tener lugar, forzosamente, en el hecho arquitectónico mediante la utilización de un espacio adecuado. La toma de contacto con la realidad entorno es el único método que puede garantizar una búsqueda fructífera. No sólo, como decimos, reflejando tal realidad en espacios adecuados, sino propendiendo con ellos a una mejora de las condiciones de vida espirituales y físicas.

Es un hecho demostrado por la experiencia que en las épocas en que condenamos y rechazamos la realidad de nuestro entorno, la inseguridad social y cultural en que se encuentra el hombre da, paradójicamente, carácter enfático a sus experiencias artísticas, y, a falta de la comunicación constructiva necesaria (el arte busca siempre la comunicación total), aparece la única comunicación «operante» posible: la fuerte expresión individual, una búsqueda comprometida que tienda a salvar, al menos parcialmente, la crisis de aislamiento del artista.

Es necesario, sin embargo, añadir que la «expresión» no es suficiente sin «expansión», sin realización: «la idea de que el fin de la arquitectura es principalmente de orden expresivo—dice Benévolo—, así como el concepto mismo del arte contemplativo, separado de su responsabilidad práctica, es comprensible sólo en una sociedad jerárquica, en

que la cultura artística sea de hecho dependiente de la clase dominante».

Creemos, pues, en la didáctica de la obra arquitectónica como modificación del cuadro cultural y conceptual precedente, pero siempre para favorecer un entendimiento de vida colectiva, para reivindicar el carácter integral de la responsabilidad artística, para constatar que el arte es «una función propia de la comunidad entera», que ha sido hecho dando prioridad a esta comunidad.

El progreso social y cultural como hecho colectivo es una realidad tan evidente que toda aportación que no esté acotada en este campo será parcial e ineficaz por muy buena que sea la retórica que la distraiga. La «neutralidad», al evitar el gesto activo, resulta un valor negativo más.

Analizando la situación española, observamos que la calidad de las producciones de nuestra cultura arquitectónica está más en los proyectos que en su realidad constructiva. Así, más que una situación coherente, se dan los brotes de posiciones individuales; estas posiciones presentan en todos los casos un énfasis en el diseño, y están reflejando en cada momento la crisis de aislamiento que apuntábamos, según la cual el profesional serio viene a crearse una «concha» de defensa que disminuya, mediante la acentuación de sus facetas expresivas, la distancia que le separa de la obra arquitectónica concebida en forma más abierta, como una comunicación total. Ya sabemos que la palabra es el más culto medio natural de comunicación. La palabra viene cuando la cultura «acuerda» el trato. Antes de ello, el grito, el gesto, menos maduros, tratan de llenar el vacío existente entre las relaciones humanas. En épocas de incomunicación cultural, todo gesticula.

Sin embargo, interesa, a pesar del valor de testimonio que tal «expresionismo» tiene, dejar sentado que la arquitectura (el arte en general) participa en la gestión social más en la medida en que construye que en relación con la expresión individual de los artistas, aunque esa participación activa siempre se haga a través de visiones personales.

Estas consideraciones nos parecen ingre-

dientes interesantes a la hora de hacer una historiografía de la arquitectura española de posguerra. Cada etapa crítica tiene su arte eficaz correspondiente.

La constructividad de la arquitectura y su participación en la gestión social se apoya en el principio básico de la didáctica arquitectónica como eficaz modo de conseguir que, a través de ella, el hombre regrese a su escala y dejen de tener sentido las «imposiciones» que le olvidan.

La higiene pretendida, ese regreso del hombre a lo proporcionado, a la escala en que tienen sentido sus movimientos, sus gestiones y sus ideas, se lleva a cabo mediante la modificación de la «imagen» que actúa sobre él en la escena urbana en que se mueve, y por diferentes conductos: por la propagación a través de estas imágenes de los valores socialmente positivos, por el descrédito de los «iconos» que se dirigen directamente contra la sanidad mental de los individuos, y a favor del trueque de sus valores auténticos, dirigiendo nuestra «manera de visualizar» al encuentro con el hombre y el trabajo humanos, procurándole, en suma, esquemas en que la relación con sus productos se lleve a cabo concediéndole a él y a sus agrupaciones la participación que necesitan.

Son las cuestiones de «contenido» las fundamentales, siendo el lenguaje siempre expresión del mismo. La evolución de la arquitectura se produce precisamente trabajando sobre aspectos de «contenido». Conseguida cierta coherencia, la cultura arquitectónica necesita siempre el concurso de un método de trabajo, de búsqueda: el método de las energías humanas aplicadas a la arquitectura.

Mientras tanto ello no ocurra, mientras dicha coherencia no se haya conseguido, dejemos que intenciones y resultados profundicen cada vez más en la toma de contacto con «contenidos» responsables, tendentes a una mayor participación humana, a la «comunicación» total en nuestra arquitectura.

Las obras del estudio del arquitecto Fernández Alba, que se publican en las páginas siguientes, suponen ciertas reivindicaciones en el plano de la «comunicación» de imágenes arquitectónicas más afines al hombre.